

Revista Crítica Penal y Poder
2021, nº 21,
Octubre (pp.16-17)
Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos
Universidad de Barcelona



Excedentarismo, éxodos y falsedades

Miquel Izard

Universitat de Barcelona

Si la Universitat de Barcelona (UB) rinde este homenaje a Roberto Bergalli se debe a que tras su tercer exilio por culpa de los milicos llegó a Barcelona en 1978 y enseñó en la UB desde 1980. Coincidimos en varias movidas contra las dictaduras de América Latina pues yo, expulsado por Franco de la docencia, también crucé el Charco, fui a Venezuela y al regresar, tras dos zancadillas, devine profesor de Historia de América en la misma UB.

Roberto me invitó a participar en el Observatorio o a visitar la cárcel de Brians en un fallido intento de acercar el Derecho a los enrejados.

Por un casual me rogó diera, en el Master que él había organizado en la Facultad de Derecho, una materia sobre migrantes y sistemas penales. Le respondí que no soy jurista, pero podía tratar sobre diásporas del pasado y la responsabilidad de la Historia Oficial en el engendro del racismo y el rechazo. Me atrapó la cuestión, distinguí entre nómadas voluntarios y desterrados forzosos y titulé la materia “De la sobriedad a la precariedad”.

Cada año iniciaba el curso enfatizando que sobrevivimos en un mundo en el que ni Omo lava más blanco, ni poder judicial tiene que ver con justicia, ni liberalismo con libertad o igualdad, ni parlamentarismo con democracia, ni historia con pasado o memoria. Realidad que se deteriora aún más con tantas tiranías, falacias y violencias gubernamentales, el aumento de proscritos de África, Oriente Próximo, Cuba, Venezuela, Nicaragua o el resto de América Central y con el Mediterráneo trocado de alcantarilla en cementerio.

Roberto fue discípulo de Luis Jiménez de Asúa, director del Instituto de Estudios Penales creado por Victoria Kent, diplomático y delegado de la República Española en la Sociedad de Naciones durante la Guerra y uno de tantos que tras la victoria de los fascistas pudieron pasar a América, no para conquistar, saquear y atropellar nativos o africanos, sino como competentes labradores, técnicos, maestros o artistas para enseñar y también aprender.

En la Retirada de Cataluña, inicios de 1939, 500.000 personas, la mitad refugiados del resto de España, huyendo de la vesania franquista intentaron alcanzar la frontera, la mayoría a pie

en una dantesca escapada por la sed, el hambre, la lluvia, el frío y los ataques de la aviación. Los más afectados fueron como siempre los más vulnerables, chiquillos, ancianos o enfermos, bastantes fallecieron o se suicidaron y la solución despiadada de París, frente a tantas muestras de solidaridad, fue encerrarlos en campos de concentración. Por cierto, un invento del Gobierno español, 1896, para erradicar, sin lograrlo, la insurgencia de los patriotas cubanos.

Durante las primeras décadas de la Dictadura franquista millares de andaluces y extremeños acosados por una criminal Cruzada que no había concluido en abril de 1939 debieron huir a Madrid o Cataluña, aquí, ellos y sus descendientes sumaban más del 60% de la población a finales de siglo.

Roberto era justo y honesto, cabal e íntegro y se habrían indignado con tantas muestras de osadía, prevaricación y desvergüenza.

En octubre de 1991 y en mi estadía en Berkeley almorcé con el profesor Richard Herr, consumado especialista en la España del siglo XVIII. Yo acababa de releer *Els vençuts* de Xavier Benguerel, sobre los campos galos y se me ocurrió comentarlo. Herr me reprobó clamando que era una calumnia pues los franceses, dijo él, eran incapaces de perpetrar tal ignominia.

Lamentablemente las desfachateces son numerosas, los nacionalistas catalanes sostienen que los sureños que llegaron a Cataluña huyendo del acoso gubernamental eran, en realidad, misioneros del Generalísimo para españolizar el Principado.

La primera visita oficial, marzo de 2019, de un gobernante español a la tumba de Machado en Colliure, a los 80 años de su muerte, fue boicoteada por alborotadores independentistas que, además, insultaron, llamándole fascista, a Nicolás Sánchez-Albornoz, que había penado en la construcción de Cuelgamuros y tras huir debió enseñar en Buenos Aires o New York.

Pablo Iglesias, vicepresidente por Unidas Podemos en el Gobierno español, comparó, enero de 2021, a Carles Puigdemont, ex presidente de la Generalitat fugado a Waterloo, residiendo en un majestuoso y confortable palacete y a sus compañeros, con los exiliados hispanos de 1939.

Desatinos que podrían cotejarse con tantas evidencias de lo contrario: La maternidad de Elna. Cuna de los exiliados, de Assumpta Montellà, “L’Àlbum de la Ruth i l’Ajuda suïssa” exposición en el barcelonés Memorial Democràtic o Josep, film del eslovaco Aurel Klimt sobre Josep Bartolí, artífice de expresionistas caricaturas de la hospitalidad brindada por París a quienes habían perdido en su lucha por la libertad y la igualdad.